

EL SIGLO XVIII EN UNA PLUMA COSTARRICENSE

*Juan Durán Luzio**

El siglo XVIII debe ser el menos conocido de los períodos de la historia literaria hispanoamericana; si bien se le suele estudiar bajo el signo más general de la época colonial, son escasos los trabajos específicos sobre ese Siglo de las Luces que tanto pliego dio al debate científico y filosófico en el Viejo Mundo, y claro, presenció hechos sociales y políticos de tan significativa trascendencia.

Intentaremos en primer lugar ofrecer una visión general de las condiciones de las letras hispanoamericanas durante el siglo XVIII y luego enfocaremos la figura de un hombre ilustrado de la época, en la región centroamericana, costarricense, por cierto, ya que nació en Cartago un 3 de mayo de 1735. Aunque vivió la mayor parte de su vida en Guatemala, de cuya Universidad de San Carlos llegó a ser catedrático, debe entenderse no como un exilado que deja el suelo materno, sino como el traslado de un joven de provincia apartada que va a estudiar a la capital del reino de Guatemala -en Cartago había entonces apenas una escuela de primeras letras- y por circunstancias de la vida, allá permanece hasta su muerte acaecida en julio de 1814. Me refiero, por supuesto, a José Antonio de Liendo y Goicoechea, cultivador de los géneros propios del siglo ilustrado: no elaboró ficciones, pero de su pluma salieron memorias, informes, planes educativos y sociales y algunos poemas de ocasión; producción toda que lo sitúa en la vertiente más rica de la creación dieciochesca. Uno de sus discípulos lo caracteriza por su insaciable deseo de saber.

La literatura hispanoamericana del setecientos pareciera iniciarse una década antes del comienzo del siglo ilustrado: en 1691, cuando la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz fecha su famosa carta de *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*. Sor Juana, que tan bien había sabido imitar y seguir los modelos literarios en voga en España, desarrolla y expone con una profundidad desconocida en el continente la condición marginal de las mujeres en una sociedad colonial. Su culta prosa, de corte autobiográfico, señalaba una vía novedosa y oportuna para la expresión de conflictos más propia y humanamente americanos, por sobre el peso de la tradición literaria europea, que ella cultivaba con brillo, tanto en la poesía como en el género dramático. Pero, sobre todo, el texto de la carta deja ver esa *libido scendi* que iba a caracterizar a las grandes mentes del Siglo de las Luces.

Aunque la renuncia de sor Juana no impulsará un abandono total de los procedimientos literarios del Viejo Mundo, apunta hacia una dirección diferente de las tendencias formales, léxicas y sintácticas impulsadas por el modelo barroco peninsular que había sido por un siglo la línea dominante. Así, versos y prosas menos elaborados tenderán hacia el cultivo de lo satírico, más popular y atingente a situaciones inmediatas; cultivo limitado, sin embargo, en los alcances críticos que este tipo de literatura tenía en Europa, pues las prensas americanas se hallan en posesión de la Iglesia, o bajo su censura.

Sobresaliente en este campo, aunque inédita en su tiempo, es la obra -a modo del diálogo clásico- del ecuatoriano Francisco Eugenio Espejo y Santa Cruz, *Nuevo Luciano o despertador de ingenios*. Santa Cruz, más indígena que criollo, gusta de la crítica burlona, pero esa

* Doctor en Literatura por la Universidad de Cornell, Estados Unidos. Actualmente es profesor de Literatura en la Universidad Nacional. Ha sido profesor de Literatura en la Universidad de Costa Rica, Harvard, Chicago y Chile.

proyección burlesca de la lengua que redescubría el siglo de la razón, tampoco impide que en algunos conventos se siga cultivando una poesía menos social y más íntima, de innegable fuerza mística, como lo prueban las composiciones de la monja neogranadina Francisca Josefa del Castillo.

Aunque la novela prácticamente no se cultiva en el siglo XVIII hispanoamericano, a pesar de ser cada vez más abundante en Europa, su escasez parece explicarse en las prohibiciones legales existentes contra la circulación y venta de novelas y romances en las colonias. Además, la Iglesia y sus centros académicos veían con muy poco interés el cultivo de esa literatura mundana y crítica. Por lo anterior, es de interés destacar ciertas obras en prosa, extensas, de tipo novelístico, las que configuran una suerte de estado previo al desarrollo que el género tendrá en el futuro; sobresale entre ellas el largo relato de viajes titulado *Lazarillo de ciegos caminantes...* aparecido en Lima en 1775. Se leen en esta relación una serie de escenas propias de la vida criolla rural en las que se distinguen varios modos de ser del hombre hispanoamericano. Muchas veces la atención descriptiva del narrador se focaliza en detalles que él singulariza como ya muy particulares de la cultura local; y están presentes en el relato con un grado de dignidad narrativa que pocas veces se hallaba entonces al narrar o describir lo propio: considera el narrador que los usos, modos y costumbres de los criollos, o de su mundo, no son en nada indignos o menos frente a sus similares de Europa. Tampoco lo es su lengua: si española, ya diferenciada por múltiples menciones a referentes americanos y a un contexto lingüístico particular de las provincias coloniales del sur.

La prosa crítica del criollo, que desde estos años comienza sin disimulo a exaltar lo propio, también tuvo la ocasión de ofrecer una visión decadente de la vida europea: en efecto, el mexicano Fray Servando Teresa de Mier escribió unas vívidas memorias de su difícil estadía en una España en donde no era bien recibido, por criollo y por crítico de la sujeción colonial. Los agudos matices por medio de los cuales se representa a la metrópoli, se ofrecen como un balance de limitaciones: escribe como para que las provincias de ultramar comprendiesen el por qué de sus propios defectos.

Otra importante área de producción literaria la constituyen las obras de los jesuitas criollos. Expulsados de los dominios del rey de España luego de 1767, varios de ellos se trasladan al norte de Italia, donde generalmente motivados por la ignorancia que allá existe sobre América, o para refutar el menosprecio que pesa sobre el Nuevo Mundo, comenzaron la redacción de obras de naturaleza histórica, de preferencia, en las cuales presentaban su visión de las tierras que habían sido forzados a dejar. Se trata de valoraciones positivas donde se exalta, ora la calidad de la naturaleza americana, ora las sociedades prehispánicas. Escritas en italiano o en latín, dan prueba del gran valor intelectual de los miembros que se veían obligados a perder las provincias de ultramar. La más sobresaliente de tales obras, y la más singular en cuanto a la forma, debe ser el amplio poema escrito en latín por el padre guatemalteco Rafael Landívar, titulado *Rusticatio mexicana*, aparecido por vez primera en Módena en 1781.

Un sentido analítico riguroso y profundo de las condiciones sociales, políticas y culturales de Hispanoamérica se advierte en la expresión de los ensayistas de fin de siglo; las opciones para proponer la emancipación de España comienzan a expresarse entre esa minoría culta que aspira a comunicar su mensaje a grupos más amplios de la población. Explicando un consciente abandono de los recursos expresivos destacados por el barroquismo, se lee ahora una prosa más directa, un lenguaje más cercano a los modos orales y una idea precisa de apelación al destinatario. Los autores modelos que orientaban este tipo de literatura reflexiva son bien otros que aquellos que habían servido de inspiración a los poetas del ciclo barroco; se trata de pensadores franceses o estadounidenses que contribuían con sus obras a dar sentido y sustento

ideológico a las luchas de independencia y democratización iniciadas tanto en la América del Norte como en Francia. Al ensayo se une la memoria, como otro último género de expresión conceptual en prosa; abunda entonces sin mayores pretensiones literarias, pero tampoco ajena a los fines de la eficacia del bien decir, y con claros propósitos educativos. Por otra parte, tales escritos son la manifestación del deseo de balance y valoración de lo alcanzado bajo la monarquía peninsular; pero, sobre todo, son exposición de las múltiples posibilidades que al Nuevo Mundo traería una época de mayor libertad, tanto en sus relaciones comerciales, en los contactos ilimitados con el resto del mundo, así como en los nexos culturales libres, desligados del poder intransigente de una Iglesia y de una Corona metropolitanas.

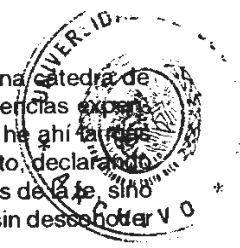
Se empieza a anunciar y a dar curso a una época abierta a todos los logros de la razón universal. Muchas veces estas memorias o ensayos fueron producto de la pluma de reputados hombres de letras, como Peralta de Barnuevo en el virreinato del Perú, o José Cecilio del Valle, en la capitania de Guatemala.

Ya finalizado el siglo dieciocho, y en vísperas de las luchas por la independencia de España, junto a la copla burlesca y popular se escribe una poesía bastante culta, de corte neoclásico, que alienta el sentido y los hechos que se empiezan a vivir en contra del poder colonial; el valor particular del criollo y su medio, de su identidad propia, son cada vez más notorios en estas producciones que se refieren incluso a ciertas magníficas particularidades de la geografía -como la *Oda al majestuoso río Paraná* del argentino Manuel de Lavardén- así como a productos de la tierra -como la oda *A la piña*, del cubano Manuel de Zequeira y Arango- o bien se canta a compatriotas gloriosos que comienzan a destacar en los campos de batalla; tópicos todos que van a culminar en las dos grandes *Silvas americanas*, luminosas composiciones poéticas de Andrés Bello, escritas y publicadas en el umbral del período republicano.

Es justa y bien planteada la pregunta acerca de si existe o no una ilustración en Hispanoamérica; si la presencia del debate europeo sobre la razón, la naturaleza, la ciencia y el saber, llegan o no a las colonias de la ya rezagada España. Sin pretender responder aquí a una cuestión tan difícil, deseamos señalar, sin embargo, que en los escritos dejados por la pluma de José Antonio de Liendo y Goicoechea, las presencias de ese siglo ilustrado son notorias y merecen señalarse en beneficio de una mejor comprensión de la cultura nacional.

Es preciso aclarar en primer término que Goicoechea fue sobre todo un educador; y un educador en las posiciones más avanzadas de su arte, a pesar de que un hecho inesperado lo lleva a la cátedra: en 1767, y debido a la expulsión de los jesuitas, se le llama como profesor a la Universidad de San Carlos de Guatemala. Comienza impartiendo Filosofía, pero con los años amplía sus cátedras; existe un programa de sus labores firmado el año de 1782, en el cual el variado número de las materias que enseña es la mejor confirmación de su solidez cultural: desde Retórica y Principio de Poesía, hasta Derecho Natural y de Gentes; desde Gramática Española hasta Geometría, Óptica y Astronomía. De su propia pluma se lee una declaración sobre sus inicios en la Universidad de San Carlos: "Cuando nuestro soberano católico monarca Carlos III (que Dios guarde) hizo salir de esta ciudad y reino a los padres que se llamaban de la Compañía de Jesús, a nombre del mismo rey nuestro señor me intimó orden y mandato [...] para que pasara a la real Universidad a enseñar Filosofía a los estudiantes que cursaban antes con los referidos jesuitas. Dejé al momento la cátedra de Teología que regentaba en mi convento, y pasé a esta Universidad de doctrinarlos. Con esta ocasión introduje en la Universidad y enseñé a setenta y cuatro estudiantes la Física experimental [...] les enseñé de paso los principios de Geometría, Óptica, Geografía y Astronomía [...] Para promover en esta Universidad esta nueva Filosofía, me fundé primeramente en su misma utilidad, considerando que era la única que podía instruir en la verdadera Física." (p. 19)

Sus palabras portan un muy apropiado razonar dieciochesco: ha dejado una cátedra de Teología que imparte en un convento para pasar a una universidad a enseñar ciencias exactas y naturales: la vía por excelencia entonces hacia el saber preciso y bien fundado: he ahí la clara declaración de una mente ilustrada, que rubrica la claridad de su pensamiento declarando que el conocimiento verdadero del mundo no puede quedar ya más sólo en manos de la fe, sino que debe pasar a las de las ciencias. Y lo dice un franciscano leal al nuevo saber, sin deshojar sus hábitos: ha sabido separar sin conflictos su fe de su razón.



Otro distinguido ilustrado centroamericano de esos días, el hondureño José Cecilio del Valle, alumno de Goicoechea en San Carlos, informa que éste tuvo la oportunidad de viajar a España; el viaje es otra prueba de la mentalidad renovadora del maestro: fue para él la ocasión de un rico aprendizaje. Dice Valle que en la bullente España de Carlos III, Goicoechea "[...] reconoció el gabinete de historia natural; asistió a las juntas generales de diversas academias y sociedades: observó los estudios establecidos por Carlos III y el sistema de calificaciones - menos equívoco que el de nuestra universidad" (agrega [...]) Dice luego del Valle que "Espectador de objetos tan grandes, capaces de ocupar el alma en su totalidad, no olvidó lo que debía a esta provincia donde había nacido. Regresó a Guatemala lleno de las riquezas literarias, de conocimientos, de globos, de tablas y libros, raros aún en la Corte de donde venía [...]" (pp. 131-132). Curiosamente, cuando Liendo y Goicoechea se halla en Francia, estalla en París la célebre revolución que iba a sellar los cambios iniciados en el siglo.

Al regresar al reino de Guatemala, Goicoechea se yergue ya como un cabal representante del criollo culto quien, teniendo la ocasión de visitar y aprender en una Europa que se abre hacia la ciencia, encuentra en ella un futuro de provecho para su propia tierra; y esto no sólo por los beneficios que cuenta del Valle sacó su maestro del viaje, sino por lo que se comprueba en aquel informe de presentación de programas docentes de 1782, incluso antes de esa experiencia. Esto confirma que se ha perfeccionado en los temas del momento y en el comentario de los autores más actualizados; así introduce bibliografías amplias y en varias lenguas; todo para encauzar una educación distinta, fundamentada en la ciencia y en el raciocinio, con el fin de superar la antigua enseñanza jesuita afianzada en la escolástica medieval. Tiene Goicoechea - sacerdote franciscano- el valor de reconocer que concibe la educación como una práctica activa de las disciplinas científicas; situación curiosa, puesto que ha parecido que la posición de los jesuitas ha sido una de avanzada en lo político, pero en lo educativo representan entonces el lado de la escolástica más tradicional para la formación de la juventud. El escolasticismo era lo que regía en el reino de Guatemala hasta pasada la mitad del siglo, y según afirma José Cecilio del Valle, "el que influyó en las constituciones de nuestra Universidad; el que hizo de esta respectable casa una habitación oscura donde no penetraba la luz sino envuelta en nieblas o confundida en exhalaciones pútridas [...]" (p. 127) La escolástica dogmática para esta generación es sinónimo de errores insostenibles. La nueva educación, que Liendo es de los primeros en difundir en Centroamérica, era la más consciente superación de aquellos errores seculares.

Pero no se crea que Goicoechea rebatió a la Teología su centro como la madre de las ciencias; no, pero profundizó en ella sobre sus alcances morales; tampoco fue un independentista y menos aún un revolucionario. A pesar de ser un criollo y un ilustrado tardío, es sólidamente monarquista y fiel vasallo de la corona española, sin conflicto con su pensamiento liberal y científico. Se repite para Liendo y Goicoechea una de las preguntas más sutiles de la historia intelectual del momento: por qué razón permaneció leal a la monarquía y no se pronuncia sobre lo que era ya una aspiración bastante difundida: la independencia de las colonias, el avance hacia la república. Acaso, claro, por su pertenencia de las colonias, el avance hacia la república. Acaso, claro, por su pertenencia a una orden disciplinada y poco participativa en las cuestiones políticas; en efecto, los franciscanos son apenas espectadores del enorme proceso revoluciona-

rio que empezaba a tomar cuerpo por todo el continente hispanoamericano. Bien se sabe, que la Iglesia, salvo algunas honrosas excepciones, cerró sus líneas junto a los representantes del rey de España; también fue corriente que los sacerdotes en posiciones altas permaneciesen fieles a la monarquía que tan directamente servían.

Aunque Goicoechea no tuvo una participación política activa y no se le sabe favoreciendo la causa de la independencia centroamericana, hay que reafirmar que su liberalismo es cultural, no político; sin embargo, se le cuenta entre los miembros fundadores de la Sociedad Económica de Amigos del País, creada en Guatemala en 1794, con los fines que estas agrupaciones van definiendo en todo el continente: la preparación de las comunidades criollas para un desarrollo independiente de España.

El escrito más extenso de Liendo y Goicoechea, y el más interesante, es uno que lleva por título "Relación del R.P. Dr. José Antonio Goicoechea, sobre los indios gentiles de Pacura, en el Obispado de Comayagua". Se trata del informe que presentó luego de residir diecinueve meses entre los indios de las montañas de Agalta, en tierras hondureñas. El interés por el estudio directo de la naturaleza, que sobresale en la época, aparece entre las motivaciones que llevan a Liendo a tal excursión, aunque él mismo hace explícito su propósito principal: "civilizar gentes ignorantes con el fin de infundirles ideas y pensamientos racionales [...]" (p. 47)

Es evidente, claro, que en el siglo XVIII se ha olvidado el sentido de la obra misional de un Bartolomé de Las Casas, quien fue capaz de reconocer entre los indios una racionalidad distinta de la europea; distinta pero tan válida como aquella originada en Grecia y Roma. Liendo, por su parte, va a vivir un aprendizaje similar al del célebre dominico, porque a medida que conoce a los indios va naciendo su aprecio por aquellas gentes tenidas por irracionales; extraño documento es esa relación en la cual el narrador se desplaza desde la condena inicial hasta la abierta aceptación de esos otros modos de vida tan diferente de los suyos.

Escribió Liendo en las páginas de su relación "Estos indios habitan unas treinta leguas de las montañas de Agalta; viven separados unos de otros, distribuidos por familias de ocho, de a veinte y aún más número de individuos cada una. [...] Cada parcialidad procura de intento colocarse en los parajes más ocultos, fragosos, inaccesibles. El empeño de encubrirse los hace ingeniosos para encontrar guaridas seguras. Unos de otros se recelan y se temen en tanto extremo, que cuando alguna de las poblaciones se hace conocida, la trasladan a otra parte". (p. 48) Esta conducta de los indios, desconcertante para una mente ilustrada, sabemos que fue modificada por la acción racionalista de Liendo; cuenta su discípulo José Cecilio del Valle que "En Agalta fundó dos pequeñas poblaciones: interesó en su beneficio la atención del Gobierno; y dando a los indios lecciones de religión, de física rural y de sociedad, recordaba la pintura de aquellos dioses que bajaron del cielo para enseñar a los salvajes de Grecia la justicia, el manejo del arado y el uso del trigo." (p. 134) Las palabras de del Valle, además del aceptado símil, también dejan ver las inclinaciones fisiocráticas que Goicoechea compartía, y que luego tendrán su mejor expresión literaria en "La agricultura de la Zona Tórrida", de Andrés Bello. Pero el amor a la tierra no surge sólo por su capacidad productora de bienes y alimentos; los indios aman la tierra porque es suya, y así lo reconoce Goicoechea: "Es indecible el amor con que los indios miran su adorada montaña. La desnudez, hambres por otra parte, impresión general de las clases más civilizadas del mundo, grabada en nuestras almas, autorizada por la razón y confirmada por innumerables experiencias. Decía un sabio que el bárbaro de la Escita estima por más dulce el frío insoportable de su país, que el temperamento suave de Roma." (p. 56)

No puede menos que resaltarse en este punto la crisis interior que se produce entre estos hispanoamericanos ilustrados, a fines del siglo dieciocho, y en particular en este criollo y sacer-

dote franciscano, entre su devoción por la racionalidad del Viejo Mundo, que él ha leído y aprendido en los libros y en los laboratorios, y su afecto espontáneo por los aborígenes de su país. Es una tradición que compartía un buen sector de la iglesia, y que él no puede dejar de señalar, a pesar de comprobar que viven fuera del cristianismo y del modo racional rubricado por la grandeza del pensamiento europeo. Sin embargo, este maestro de las ciencias más avanzadas, respeta y expresa la vocación humana de aquellos primitivos habitantes de la profundidad de la selva hondureña, en las apartadas montañas de Agalta; así, ese deseo por racionalizar la organización social de los indios que se lee en su plan, y que aspira a conciliar lo natural con lo racional, es la mejor expresión de un hombre de su siglo, de una inteligencia nueva.

Su posición comprensiva ante el indio lo conduce a un raciocinio muy feliz con cuyo comentario deseamos finalizar estas notas; en lo tocante a la religión de los naturales escribió: "Parece que conocen un Dios bienhechor y origen de todo lo bueno; pero también rinden culto a un principio malo, a quien festejan para que no los perjudique. Son verdaderos Maniqueos, y su código religioso es un conjunto de errores y verdades." (p. 55) "Un conjunto de errores y verdades"; hermosa y certera frase para concluir una reflexión sobre la religión del otro; las luces del siglo de la razón terminaban por corroborar en la mente ilustre de este cartaginés que el hombre no posee verdades absolutas, y por ello el dogma debía quedar desterrado del intelecto.

NOTAS y BIBLIOGRAFÍA:

DE LIENDO Y GOICOECHEA, José Antonio. "Apéndice" *Revista de los Archivos Nacionales*, N° 2, año II, San José de Costa Rica. pp. 3-85. 1938.

DEL VALLE, José Cecilio. "Elogio fúnebre de fray José Antonio de Liendo y Goicoechea", en: *Obra escogida*, Selección, prólogo y cronología de Mario García Laguardia. Caracas: Biblioteca Ayacucho. pp. 125-136. 1982.